

Creciente de mayo

Escribe: ADEL LOPEZ GOMEZ

Provistos de sus largas sogas, los hombres habían bajado del poblado ribereño para enlazar los maderos al paso de la brava corriente.

Había cuajado apenas la limpieza del amanecer invernal, pero el aire trémulo, en aquella áspera cuenca del río Cauca, conservaba ese último toque de noche que le da al día sobre la tierra su primera virginidad elemental.

Persistía en la atmósfera del recién escampado esa como serenidad expectante que es una espera, un asombro, y también una esperanza cósmica. El río desbordado traía alborotadamente sus aguas originales desde más allá del valle cañamelero y pecuario. Y además —espumosas y saturadas de limo— las aguas de la montaña. Los arroyos hinchados de los cafetales. El agua, en fin, venida de toda la tierra de labranza, con sus cadáveres vegetales. Perdidos ya la discreción y el concierto eran allí, anónimos ya sin claridad ni nombre, los manantiales de aguas buenas, venidos de las tierras inclinadas, fundidos en la violencia de la riada, locos en la desatentada locura fluvial.

Nunca se viera creciente igual en el Cauca montañoso que baja por entre los chaflanes ciclópeos en cuanto se mete por los predios de Caldas. Los leñeros del río, después del primer asombro, desplegaron las sogas para enlazar sus troncos, entre los que marchaban a la deriva.

Ponían en ello, al lado del interés utilitario, otro diferente. Un interés deportivo que daba al trabajo una inesperada alegría y le quitaba la sordidez de tarea demasiado temprana. Un modo más delicado de la habilidad que le impartía gracia al vuelo de la lazada y sincronización a los ademanes y exactitud al instante del lanzamiento.

Y de repente en medio del juego excitante, ocurrió lo asombroso. Fue una cosa tan súbita, que en la urgencia del salvamento apenas tuvieron tiempo de gritar entre ellos, despavoridos:

—Un niño...

—Sí, es un niño...

—Claro que es un pelao... Ave María Santísima... Desde aonde vendrá...

Y fue más difícil salvarlo a él que salvar —como por juego se hacía— los leños escoteros. Iba allí, echado de bruces, empavorecido, completamente desnudo, aferrado no se sabía cómo... Cuando el gran ojo abierto de una de las sogas logró cerrarse en la punta libre del tronco, los campesinos comprendieron toda la intensidad de aquel —el suyo propio— su pasado minuto de agonía...

Era, sí... Era un niño... Dos horas antes, acaso tres, la creciente había pasado por su rancho ribereño, allá arriba, veinte kilómetros atrás, en el corregimiento de Arauca, más abajo de la línea férrea, en el sitio donde ayer se enfilaban los pobres ranchos clandestinos. La avenida de mayo se lo había llevado todo. Las mantas, la familia, el padre, la madre, las siete aves que dormían en el madroño... El marrano de ceiba cautivo en el chiquero.

¿Pero cómo? Muy fácil. Vaya una pregunta... Solo hacía falta que el encañonado río subiera dos o tres metros sobre su nivel ordinario. La gente estaría allí, dormida e indefensa.

Y el chico (¿quién sería él, cómo se llamaría?) había viajado en la noche diluvial, atronada, espantosa, por largo tiempo en el horror de las tinieblas. Sostenido, alentado sabe Dios en virtud de qué terrible milagro...

Sí... Todo eso había ocurrido. Lo supieron con exactitud y aún con exceso de detalles, cuando la noticia bajó, hacia las nueve de la mañana, en la marranita del inspector de línea de la vía férrea.

Pero ahora no. No había de quien saberlo. El niño no era más que un chiquillo. Tendría cuatro años. Pero aún resultaba pequeño para su edad... No era eso, sin embargo. Sino que el chico, apenas salvado, estaba allí, mudo, inexpresivo, ceniciento, con los grandes ojos abiertos, inmóvil y pasmado. Ausente quizá de toda la agitación que había en torno.

Y mudo —sobre todo mudo— en la pesadilla de aquel amanecer indecible.

DON FAUSTINO

Mi amigo iba diciendo al paso por las anchas vías, flanqueadas de altos edificios:

—Aquí era la manga del Mochito Reyes... Esto que ves cubierto de residencias y cruzado de pavimentadas calles, eran los cafetales del coronel Ocampo... Debajo de ese estadio quedaba la profunda laguna cenagosa donde cantaban las ranas del invierno...

Yo le escuchaba sobrecogido, con un poco del dolor inevitable por el tiempo que se va. Por los seres y las cosas que ya nunca volverán. A través de sus palabras volvía a vivir la infancia remota y a contemplar los lu-

gares y los seres y a experimentar las emociones cándidas del niño aldeano y campesino que fui, dentro de un marco geográfico y humano para siempre derogado y extinguido.

De repente, en la paz de la tarde, por en medio de la calle sola, vimos que se acercaba un anciano ciego, guiado por su lazarillo. Me quedé mirándolo sin que ninguna de sus facciones lograra despertar en la memoria ningún recuerdo familiar. Pero cuando pasó a nuestro lado, mi amigo le detuvo:

—Buenas tardes, señor...

El se quedó quieto, indeciso y vagamente confundido por el tono respetuoso de la salutación. Era un anciano de alta estatura, ligeramente encorvado, flaco y pálido, de cabeza blanca y tímida apariencia. Levantó los ojos grandes, abiertos, nublados... Unos ojos que alguna vez en la vida fueron bondadosos y azules, cargados de apostólica mansedumbre. Vestía limpia y humildemente. Su camisa deshilachada en el cuello, era sin embargo muy blanca, de una pulcritud inmaculada. Aunque iba descalzo y su bastón era solo un rústico bordón de peregrino, había en él una extraña nobleza que afligía el corazón.

Me sobrecogió una extraña cortedad premonitoria, como si me hallase al borde de una revelación extraña y dolorosa. Mi amigo cortó el embarazoso silencio para preguntarme: :

—¿No lo reconoces?

Y yo contesté azorado, como quien confiesa una falta imperdonable:

—No... Sinceramente... No lo conozco... No lo recuerdo. Tú sabes que hace veinte años estoy ausente... ¿Por qué no me dices de una vez quién es?

Me lo dijo. Era mi maestro —nuestro común maestro— de abecedario. La revelación de su nombre en aquella hora y en aquel lugar, despejó para mí en un instante la estremecida belleza de un mundo remoto e inefable.

Aquel viejecito en cuyos ojos que fueron azules y mansos había anochecido para siempre, era el maestro rural de mi vereda. Tenía su escuela en la casa de un vecino pudiente, a la sombra de los guamos, cerca al aroma de los cafetales, en medio de un paisaje que ya nadie verá más. Ibamos en las mañanas sonoras por los caminillos vecinales a recibir las clases que nos correspondían. Eramos una tropa de chiquillos campesinos y habíamos de dejar libre la jornada meridiana para las muchachitas. Ellas fluían también, como por ensalmo, por entre las sementeras asoleadas, desde las casitas regadas en el campo, con sus pizarras grises y sus citologías raídas, al aire las pernezuelas morenas. Y también para ellas esperaba allí, nunca cansada, la voz de don Faustino, el maestro de abecedario.

Así un año y otro, por veredas y campos, un año aquí y otro allá, sembrando su espiritual semilla dondequiera. Hasta el día en que la luz se marchó de sus ojos.

La luz de Dios había sido su único tesoro, y ese tesoro se había perdido. Ahora yo le veía surgir como una sombra de otro tiempo, dulce y patética. Estaba allí como un testimonio vivo y como un vivo reproche.

Y cuando el amigo aquel le dijo mi nombre, ya no fue el anciano compadecido y vencido, sino un hombre encendido en su fuego, signado en el óleo sagrado de su destino. Fue otra vez mi maestro de primeras letras. Aquel que se inclinaba sobre mi hombro para dirigir la inclinación uniforme de mis palotes, en aquel tiempo de infancia cuya belleza inocente se ha proyectado sobre mi vida y sobre mi literatura para mantenerla fiel al sentido de la comarca y la vida del hombre.